

## CEREMONIA SECRETA DE MARCO DENEVI; ENIGMA Y RITUALIZACIÓN

*Guillermo Gotschlich R.*

Departamento de Literatura  
Universidad de Chile

Nuestro planteamiento respecto de la novela *Ceremonia Secreta* de Marco Denevi parte de un supuesto básico. Tal como lo enuncia el título de esta exposición, la novela se constituye como un enigma por descifrar, al revelar tanto el sentido de la acción como los procedimientos narrativos, los que nos llevan a conocer el significado que adquiere la ceremonia final y su particular secreto.

Desde ya, el título de la novela sugiere e impone un proceso de necesaria indagación y descubrimiento y a la vez una forma de ritualización de los acontecimientos. Sobre la base de esto, sostenemos que tanto el discurso como la historia se sustentan en el carácter enigmático de esta obra. El "enigma" según André Jolles<sup>1</sup> comienza por la necesidad de encontrar respuestas a preguntas que ponen en actividad nuestro pensamiento. "Un enigma puede estar hecho de tal modo que la solución sea imposible para el adivinador. Incluso, la solución correcta puede haberse perdido; sin embargo, el adivinador está absolutamente consciente que existe y existió *alguien*<sup>2</sup> que conoce o conoció la solución". Un enigma sin solución no es tal. "Aún más, en cuanto a la forma, ésta no sólo hace saber al adivinador que la solución es o fue conocida por otro, sino que adquiere la convicción de que él mismo puede hallarla. Inmediatamente tal convicción se transforma en: *hay que hallarla*".

"En este caso, a la actividad mental también podemos aplicarle el término *saber*" con sentido preciso. "El hombre que sabe interroga a otro, pero formula la pregunta de modo que obliga al otro a saber; es como persona, el concedor, el sabio"<sup>3</sup>.

<sup>1</sup>Jolles, André, *Las formas simples*, Santiago, Universitaria, 1972. Vid. "Enigma", pp. 118-137.

<sup>2</sup>Jolles, op. cit., p. 120. Destacado nuestro.

<sup>3</sup>Jolles, op. cit., p. 120.

Como el enigma contiene una pregunta formulada con el fin de investigar y equiparar el saber en el interrogado, entendemos, de este modo, que *Ceremonia Secreta* se ofrece al lector como una realidad estética indagadora en la que el enigma se hace presente.

¿Qué contiene esta novela de secreto, o mejor, cuál es o son los enigmas a que se nos estimula para dar una respuesta?

La pregunta es sólo sugerida, pero nos instala en la posición del que es interrogado implícitamente. De acuerdo a lo referido por Jolles, existe, "alguien" que conoce o conoció la solución, y esa entidad en la novela podemos identificarla con el narrador, aunque éste "enigmáticamente" suele ocultarse tras la conciencia de la protagonista y reaparecer con el propósito de anticipar los hechos o interpretar otros.

En el nivel de la acción ocurre un primer hecho sorprendente. Desconocidas entre sí, la Srta. Leonides Arrufat, mujer soltera y solitaria, y Cecilia Engelhard, joven trastornada, se encuentran en un tranvía, una iglesia y un cementerio de Buenos Aires. En el tranvía, Leonides, por sus extraños gestos y miradas, hace pensar a la joven que la señorita está loca. La extrañeza la acoge el narrador, que al focalizar a Cecilia anota: "O tal vez pensase, como alguien lo pensó, que la había reconocido y que toda esa mímica era atribuible a la emoción o equivalía a un secreto mensaje cifrado"<sup>4</sup>.

El lector se pregunta quién es ese *alguien*, tan confirmativamente aludido por el narrador. ¿Es él mismo? Es posible, aunque esa identidad encubierta podría ser el hablante, uno de los personajes o quizás Dios.

El narrador traduce el pensamiento de Cecilia que maneja el "secreto" de un "mensaje cifrado", nueva invitación a penetrar un mundo de revelaciones. La Srta. Leonides siente, al ser observada, que Cecilia está posesionándose e invadiéndola y que le traspasa "una responsabilidad, una carga, un peligro". La coincidencia, entre otras, de vestir ambas de luto crea entre ellas "un misterioso vínculo que las separaba de los demás, las colocaba juntas y aparte"<sup>5</sup>. Cecilia le reprocha "no cumplir con el pacto", razón suficiente para que Leonides, aterrorizada, huya y se refugie en el "asilo secreto" de una iglesia.

La narración sugiere consecutivamente y con pocas transiciones, los misterios que oculta el mundo, hechos que en parte son aclarados, pero sólo para introducirnos en otros. Así el texto obliga a situarnos interro-

<sup>4</sup>Denevi, Marco, *Ceremonia secreta*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1973, p. 17.

<sup>5</sup>Denevi, op. cit., p. 20.

gativamente ante la sucesión de los acontecimientos. Hay razones que provocan el encuentro y la unión, aunque ésta será temporal. No sólo el luto las ubica ante una misma realidad. El encuentro en el cementerio da comienzo al “pacto” (que obviamente es un secreto) y sin intermisión alguna, la joven, con extrañas muestras de cariño, compromete y conduce a la solterona a su hogar, lugar de la ceremonia final.

Retomamos el sentido del enigma y lo que a partir de éste se propone en la novela. Es notorio que la obra nos interroga y el texto no se deja descifrar tan directamente. El narrador interpone, con distintos objetivos, su discurso con el del personaje a quien focaliza, indicando determinadas orientaciones por medio de indicios y comentarios. Tanto el lector como el personaje central, entran en un juego de acertijos, mucho más el primero que el segundo. Recordamos que “para poder adivinar, lo por adivinar, debe ser enigmático”.

La novela en su totalidad, el discurso narrativo, el personaje protagónico y otros secundarios lo son. La exigencia que impone adivinar, es la equiparidad y proporción de saber entre interrogador e interrogado, es decir, lo que se plantea debe poder ser respondido y se debe, por lo tanto, llegar a una igualdad de condiciones con quien propone el acertijo. Este acto opera como un examen entre uno y otro y éstos no son personas cualquiera en una ocasión cualquiera.

“El que formula —dice Jolles— debe tener un motivo para examinar y obligar y el interrogado debe tener sus motivos para subordinarse al examen y a la obligación”<sup>6</sup>, o más precisamente, el interrogado debe ser digno de serlo, pertenecer al mundo de los que participan de un cierto nivel de sabiduría “y para poder ser aceptado dentro de ese mundo” se requiere de la consagración. Estos grupos “se extienden desde la alianza secreta, en su forma más sencilla, hasta el reino de los bienaventurados, en cuanto éste se conciba como un lugar sólo alcanzable por el camino de la *sabiduría*”<sup>7</sup>. De este modo “sólo puede ser enigmado lo que encierra la consagración: el secreto de la alianza, el misterio que encierra”<sup>8</sup>.

Este misterio, por su naturaleza, contiene una revelación y es posibilidad funcional y de sentido de la novela. Hasta este momento, el “pacto” no conocido por Leonides, pero dirigida a cumplirlo, corresponde a una alianza secreta que produce el casual encuentro con Cecilia Engelhard. Trastocada su razón, en Cecilia permanece o se

<sup>6</sup>Jolles, op. cit., pp. 124-125.

<sup>7</sup>Jolles, op. cit., p. 126. Destacado nuestro.

<sup>8</sup>Jolles, op. cit., p. 127.

mantiene aún una cierta zona de lucidez interior y de reconocimiento. Ve en Leonides a la madre muerta por su asombroso parecido físico y a su vez, a la ejecutora de aquella mencionada "responsabilidad", "carga" y "peligro" que le transfiere.

Pacto o "alianza secreta", según los términos de Jolles, nos ubican en el centro de esa relación concertada por los destinos convergentes de los personajes, concertación que opera en la organización del discurso en la medida que proyecta a la historia estos signos de misterio.

La extrañeza del encuentro entre Leonides y Cecilia deja de ser tal, por lo menos en el nivel de las acciones externas, cuando sabemos que la solterona ha marcado su vida por obsesiones originadas en la temprana muerte de sus padres y hermano un mismo día, causada por un posible accidente. Vive "enferma de soledad" y con frecuencia imagina que alguien podría necesitarla y ser requerida de protección. Esa necesidad encaja con la de Cecilia que, alienada, busca a su madre y la ve en la solterona. Sorprendida y a la vez entregada a una plácida actitud de abandono, Leonides se deja conducir. El narrador, obviando explicaciones formalmente lógicas, dice que las piezas encajan "como en el juego de la oca loca, en el que una ficha avanza lentamente, caprichosamente, deslizándose aquí, deteniéndose allá, por un camino zigzagante dibujado sobre un cartón multicolor"<sup>9</sup>.

A través de la analogía del juego y haciendo del discurso un juego, se nos dice, figurativamente, que los mecanismos de la acción caprichosamente se mueven o detienen, sugieren el misterio del encuentro y por tanto, la unión de dos desconocidas solitarias, una necesitada de protección, otra de proteger. Todo parece calzar por momentos en una cierta lógica no consecutiva de situaciones, sino de concordancias que tendrán explicación en hechos posteriores. Coincidencias aparentes del azar, indescifrables proyectos del destino van conduciendo la misteriosa relación de las mujeres. Explicable en Leonides por su condición semialienada, y que se ha impuesto la función de limpiar los estigmas del pecado que percibe en el mundo, proyectándose en constante actitud ritual.

Realizado el "pacto", esta concertación ya está consumada, pero no explicada. Jolles nos habló del secreto de una alianza. Si Cecilia transfiere a su sosías una responsabilidad, Leonides lo sabe o lo intuye y el ingreso y permanencia en la casa no va a ser al del reposo en un paraíso por ella ensoñado, sino para continuar el rol de entidad castigadora del mal y de madre protectora.

<sup>9</sup>Denevi, op. cit., p. 25.

Este es el estado más simple de la alianza o pacto. Leonides percibe hechos, premoniza acontecimientos y su conciencia siempre puesta en acción, interroga, más que a personas, a los objetos, a sus pensamientos, al espacio de la casa, lugar futuro de otros ritos y ceremonias.

“Estaba segura que al doblar un corredor, al abrir una puerta, al encender una luz o mirar dentro de un mueble, realizaría un descubrimiento maravilloso o macabro, encontraría alguna cosa fabulosa de la que todo el resto no era sino el engarce”<sup>10</sup>.

Los robos que presencia escondida, cometidos por dos ancianas amigas de la casa, y el hallazgo de tres cartas, habituales medios de información e intriga novelesca, ponen un margen de duda respecto de Cecilia. Uno de los mensajes habla de una cita concertada un día lunes por un tal Fabián. Abriéndose a una lúcida indagación, visita a las ladronas Encarnación y Mercedes. Vestida con un traje de la difunta madre, su suplantación es casi perfecta. Sin decir palabra, busca el efecto sorpresa y lo logra, al aparecer por momentos como la muerta resucitada. Identificada como familiar de Cecilia, la ficticia Anabelí Santos, se abre las puertas a las confidencias de Encarnación y Mercedes. Simula ser prima carnal de Guirlanda, la difunta, y ejerce sus roles habituales de indagadora y castigadora, por el simple expediente del diálogo y la sorpresa. El simulacro de otra identidad, le permite conocer la historia de su hija reciente, desentrañando verdades que sólo por esa vía pudo conocer. Una complicada relación de hechos se despliega: los tres años de enfermedad y la agonía de Guirlanda, los cuidados de Cecilia y la muerte de su madre, y por último la aparición de Belena, familiar de ellas.

Belena es el engarce más importante para Leonides. Figura como una mujer hermosa y según las informantes, enemiga mortal de Guirlanda, debido a un supuesto amorío con Jan Engelhard, hombre de fortuna y padre de Cecilia. Ésta le manifiesta un fuerte rechazo al imponer Belena la conducción del hogar. Por una enfermedad inventada, Belena visita a un cardiólogo acompañada de Encarnación. Cuenta a ésta las relaciones de Cecilia con Fabián, de quien antes mostró una foto. [Al regresar a casa, se enteran de un robo y violación a Cecilia, hecho que origina su embarazo y al parecer, su estado de alienación. Sorpresivamente Belena abandona el lugar sin dejar rastro y pidiendo insistentemente reserva a sus confidentes. El plan indagatorio de Leonides se cumple; obtiene los datos que necesita, no todos verdaderos, y castiga a las mujeres prohibiéndoles visitar la casa. Este interrogatorio

<sup>10</sup>Denevi, op. cit., pp. 65-66.

no entrega a Leonides la verdad definitiva, pues Encarnación y Mercedes cuentan sólo lo que conocen y saben.

Si Leonides es una pieza, entre otras, que ajusta en los hechos, a diferencia de la simpleza de las mujeres, busca ordenar el rompecabezas por las dudas que surgen. Deduce e interpreta datos obtenidos, condenando a Cecilia por su actitud pecaminosa. Vuelve a su antigua casa donde piensa y reflexiona, invitada a buscar otro sentido a la historia y ejercer los roles que se ha impuesto.

“Hasta que —quizá fue un sueño, quizá no lo fue— se le figuró que Anabelí Santos dejaba de ser una criatura fingida, cobraba dimensiones reales, estaba viva, y le dirigía una suerte de larga admonición.

Sí, Anabelí Santos le decía:

—Leonides, está bien. Has descubierto que Cecilia tuvo un embrollo de esos que tanto te disgustan. Las oíste, ¿eh?, a las dos cotorras y ahora tú trazas una raya y escribes el resultado: Cecilia es esto, Cecilia es aquello, no merece mi afecto, y en consecuencia, lo mismo que Belena, la abandono, no vuelvo más por allá, el juego ha terminado. Leonides, haces como los demás. Como la madre, como Fabián, como Belena, como todos. Se acercan a Cecilia, abusan de ella (unos de una manera, otras de otra) y luego huyen (la madre huyó al otro mundo, pero en el fondo es lo mismo). ¿Y tú, por qué? La historia de Fabián te ha golpeado en los dientes. Lo comprendo. Creías que la ruina de aquella casa, que el desvarío de Cecilia, eran la obra del dolor del ángel, y ahora han venido las dos momias a murmurarte al oído que no, que estabas equivocada, que todo ha sido una tramoya de la bestia, una inmunda mixtura de sexo, lujuria, violación y robo”<sup>11</sup>.

La recapacitación de Leonides la orienta hacia otra interpretación, en la que ve a Cecilia, no sujeta o presa del pecado, sino de la expiación y el dolor, víctima del mal y del destino. “Cecilia es tu semejante, tu hermana de timidez y de martirio”.

—Basándose en datos no confirmados, imagina la traición y abuso de Fabián, los celos de Cecilia por Belena, un amor perdido y un nuevo abandono. Así cree comprender la locura de la joven, refugiada ahora en un espacio “donde la bestia de la carne no puede ni introducirse. Es una ciudad consagrada al ángel. Un santuario en el que no se oficia otro rito que el del más puro amor”<sup>12</sup>. Esta revelación solamente se proyecta como la característica expresión significativa de la visión de

<sup>11</sup>Denevi, op. cit., pp. 106-109.

<sup>12</sup>Denevi, op. cit., p. 112.

mundo de Leonides, dividida entre la pureza del bien y la lujuriosa manifestación del mal.

El enigma y la adivinación toman el curso y la forma que Leonides concede a los hechos. En parte verdadera y en parte falsa, su interpretación la hace volcarse protectoramente hacia la joven.

La felicidad de una vida compartida se interrumpe por lo avanzado del embarazo y la paulatina recuperación de la cordura de Cecilia, que vive, en parte en el sueño del extravío, y en parte, en el de la comprensión definitiva de la vida:

“Tal vez, desde su sueño, ella sabía, lo que la señorita Leonides aún ignoraba desde el suyo”<sup>13</sup>. Próxima a la lucidez completa, anticipa su muerte inminente.

“Tal vez ella ya sabía lo que el médico tampoco sabía. Sabía que, contrariamente a lo que afirmaría ese pedante, no había nadie a quien salvar ni nadie a quien condenar”<sup>14</sup>.

En este punto nos encontramos con la otra fase del enigma, la superior, aquella en que se produce la definitiva y cruenta alianza secreta.

La revelación, como misterio de la alianza, tiene lugar al equipararse el saber de quien adivina con quien es portador del enigma. Leonides busca respuestas a la verdad y se aproxima a un punto cercano a ella, pero no concluyente aún. No sabe que Cecilia ya es una mujer consagrada al conocimiento, es hija de Jan Engelhard, rosacruz, santo y sabio. Ésta recobra su lucidez en momentos próximos al parto, confirmando la temprana premonición de Leonides: que el destino las ponía juntas y aparte, unidas para llegar a la fase última del acto ceremonial, aparte, pues a ella corresponderá ser la victimaria. Anulada su función de madre, en Cecilia se advierte, al mismo tiempo, el desconocimiento real de lo acaecido por parte de su incidental protectora.

“Al lado de [su padre] había aprendido a sufrir y a callar, y a purificarse en el dolor como la plata en el fuego. Pero ahora había llegado el tiempo de manifestarse”<sup>15</sup>.

El pacto se cubre de otro significado ahora, diferente quizás al que reclamó Cecilia en su primer encuentro con Leonides. Equilibrada en su juicio y purificada en su dolor, su transformación interior ha recorrido un largo proceso marcado por la irrealidad de la alienación y la

<sup>13</sup>Denevi, op. cit., pp. 120-121.

<sup>14</sup>Denevi, op. cit., p. 121.

<sup>15</sup>Denevi, op. cit., p. 124.

realidad, ahora, de la sabiduría, el rigor preciso de los hechos o como expresó anteriormente el narrador, la armazón de las piezas en el juego.

Cecilia detalla la trama de su asesinato planeado por Belena. Hubo tres individuos que la asaltaron; le roban y vejan sin atreverse a cumplir el mandato de eliminarla. Ellos manejan una coartada que Belena, desde su posición, estimó perfecta, y uno guarda para sí la foto que identificaba a un falso Fabián. Cecilia queda sola el día del asalto, momento en el que Belena inventa su enfermedad para ir al médico. Sin embargo, la joven escuchó diálogos de los individuos, que ahora recuerda, evidencia directa de lo acontecido. La carta de Fabián que le pide una cita, la desconoce. Leonides, a través de ésta, le enseña el último eslabón de la coartada. Ha recibido el *conocimiento* y lo comunica en su totalidad a la moribunda: "los ojos de la desconocida no se soltaban de los suyos. Y esos ojos le estaban gritando una atroz revelación. Esos ojos tenían tatuado un nombre"<sup>16</sup>.

El lenguaje de la alianza pone entonces al descubierto, un acto y un culpable y sobre éste recaerá el ejercicio del rito final.

#### SENTIDO DE LA RITUALIZACIÓN

La ritualización de la realidad novelesca tiene, a juicio nuestro, tres sentidos que nos interesa rescatar.

a) En el plano de la historia, la protagonista y en diverso grado Cecilia, atraviesan por estados sucesivos de notoria alteración que las sitúa en el marco de una muy particular confluencia. Cirlot dice que "todo rito es una cita, es decir, una confluencia de fuerzas y de ordenaciones; su sentido surge de la acumulación y de la combinación de esos poderes concertados"<sup>17</sup>.

b) Los actos concretos que nos remiten a la acción de la novela, de los que es agente Leonides Arrufat. El texto se ofrece en esta dimensión, como sucesión de actos que Leonides ha instituido en su existencia desde la muerte de su familia, en plena juventud. En este punto, la acción ya ha tomado un curso que es la vida misma de este personaje. Llevada por ese impulso que es la razón más explicable de sus reacciones, toda la historia por contar y conocer será la continuidad de ese curso vital que ubica al personaje ante un hecho ensoñado. De las consecuencias de éste, irá teniendo conciencia en la medida que le sea

<sup>16</sup>Denevi, op. cit., p. 128.

<sup>17</sup>Cirlot, Juan-Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Labor, 1981, p. 389.



revelado el secreto de una historia, cuyo momento final es la ceremonia de la cual ella será acólito y oficiante.

c) El tercer sentido reside en la relación discurso e historia, sustentada por el narrador y la figura del autor traspuesta al texto: la novela en sí es una ceremonia ritual, realidad que nos proyecta al sentido fundamental del rito que “en esencia simboliza y reproduce la creación”<sup>18</sup>.

En su primer sentido, la relación de Cecilia y Leonides ocurre y se sostiene por algunas equiparidades o similitudes: el abandono, la soledad, la búsqueda incesante de ambas y el encuentro.

La soledad de Leonides le hace dirigir el potencial anulado de su vida por vivir. “Movida por extrañas y no reveladas” razones y con una tendencia notoria a la fantasía, anula las posibilidades plenas de la existencia y asume la carga expiatoria de luchar contra el mal que se enseñorea en el mundo. Rehuye las parejas de enamorados y a las mujeres hermosas. Para ella se configuran negativamente “el orgullo, la juventud y la belleza” con un signo de “maligno vigor” y se ampara en la religión desde donde proyecta el sentido benefactor y altruista del bien y el destructivo del pecado. Continuamente exorcisa, en sus paseos por Buenos Aires, a personas que sufren o a jóvenes expuestas a la tentación de la serpiente. Es notoria la frustración sexual y maternal que la resiente. Entre sus conjurados, está la casquivana Natividad González, a quien arroja ortigas en señal de castigo, al contrario de sus beneficiados a los que premia con flores y prodiga extensas oraciones, algunas en latín.

El carácter indicial de estos datos se percibe desde el comienzo de la novela. El narrador la describe como una mujer “vestida toda de negro” con “un litúrgico sombrero”. Al caminar, cobra “un vago aire religioso”. Se la podría “confundir con un pope” y “aquel pope corría a officiar sus ritos”.

Leonides concibe la existencia regida por la voluntad de Dios, ordenadora de los momentos de nuestra vida. Divide el mundo en pecadores y benefactores, expresión propia de su conciencia. Por esto no resulta difícil entender que la imagen recogida por ella de Cecilia, joven “baja”, “un poco gorda”, “de piernas cortas” y “facciones toscas”, irradie “inocencia y bondad como una campesina”, contraste con la sofisticación de las mujeres pecadoras.

La fantasía, irrealidad que forma parte de su vida interior, le abre el camino y acierta a engranar con la existencia de Cecilia, ensoñación sostenida para la deseada ruptura de su soledad. Así se deja llevar por

<sup>18</sup>Cirlot, op. cit., p. 389.

los hechos, sin interferir “la delicadísima mecánica de la magia —apunta el narrador— con un pedido de explicaciones”. “Hay que someterse y dejarse gobernar”<sup>19</sup>.

Se explica, por tanto, que la alteración, en principio positiva, de conocer y vivir con su falsa hija, la mantenga en la actitud de desestigmatizar el mal que se cierne sobre aquélla, en la simulación del disfraz que la proyecta como Guirlanda y Anabelí Santos. Errada en algunas deducciones e imponiendo su sentido del bien, desconocida al fin para Cecilia, conjuga en ese momento todo el impulso característico de su ser.

“Si su rostro y el rostro de Guirlanda Santos habían sido fundidos en el mismo molde; si Natividad González, aquella mañana, la había cubierto de insultos; si ella tomó aquel tranvía y gesticuló y se rió sola, si Cecilia, sentada a su lado, la vio y le vio hacer esos ademanes; si luego tercamente la siguió a través de las calles de la ciudad; si ningún capricho, si ningún azar se interpuso en el encuentro en el cementerio, en la huida hasta la casa de Suipacha 78, en los episodios que sobrevinieron, era porque todo formaba parte de una vasta ceremonia, todo integraba uno de esos intrincados mecanismos de los que nunca sabremos quién es el relojero, si Dios o nosotros.

Pero nadie es llamado gratuitamente por el destino. Si ella había sido incluida en la ceremonia era para que, en un determinado momento, pasase de acólito a celebrante y oficiase el último acto ritual. Comprendió que ese momento había llegado. Cecilia le había impuesto las manos, y ella ya estaba consagrada para el rito atroz”<sup>20</sup>.

El rito definitivo, consumación de otros, corresponde realizarlo, por cierto, a quien el destino ha señalado, entendiendo que las palabras del narrador, aluden a la certeza del elegido.

Del mismo modo que Belena se enteró de la muerte de Guirlanda, se hará cargo de la muerte de Cecilia. Leonides anuncia el deceso por un periódico, pues sabe que Belena se presentará, como en la ocasión anterior, ante la expectativa de una herencia cuantiosa. Ignorante de los mecanismos secretos que la mueven, ahora pasará de victimaria a víctima y Leonides ejecutará el último rito de la ceremonia. Al cumplir el mandato conferido, activará la proyección de su conciencia orientada a castigar el mal, personificado en la víctima. Vestida con sus ropas negras y el litúrgico sombrero, se pierde entre los celebrantes en la noche de carnaval.

La presencia de poderes concertados, de acuerdo al sentido del

<sup>19</sup>Denevi, op. cit., p. 31.

<sup>20</sup>Denevi, op. cit., pp. 129-130.

ritual definido por Cirlot, permite conjugar fuerzas diversas que se unen y dispersan, para otorgar periodicidad, lugar y actuación a cada pieza en el intrincado mecanismo del destino. Los ritos señalan, agrega Cirlot, “la lentitud de los movimientos en las ceremonias”, un ritmo de ordenaciones alternadas, en el que cada pieza cumple en su momento, una función.

Así lo insinúa el narrador, en varios momentos de la novela y lo confirma al dejar sentado que el manipulador de esta integración de situaciones podemos ser nosotros o Dios.

Los movimientos de los personajes, en sus tendencias personales, están sujetos a esa orientación. Leonides, desde su conciencia, presiente, adivina y anticipa hechos, pero ante otros se entrega sin mediar rechazo alguno, quizás, porque como Cecilia, posee la capacidad de saber, sin preguntar el cómo ni el porqué.

“Supo que ya no podía evadirse. Había caído en una red. Estaba capturada, enjaulada, vendida. Ahora la conducirían a donde su cazador lo dispusiese”<sup>21</sup>.

Así como la historia representada es una forma ritual, cita confluyente de fuerzas y ordenaciones, la novela en su totalidad es el espacio de ese encuentro entre discurso e historia, entre narrador y lector y sobre todo, la configuración poética de una conciencia depositaria del poder de ocultar y revelar.

El discurso narrativo presenta algunas alteraciones importantes de destacar, muy ligadas a los rasgos generales de la novela contemporánea. El enunciante, que es el partícipe activo de esta invitación a desentrañar secretos o misterios, nos cuenta la historia por boca de los personajes, con una prioritaria focalización interna en el personaje central. De este modo, se margina de su papel secular, relegándose al plano de una voz con variados registros, entre los cuales aparece abruptamente para anticipar, comentar, o en casos, dejar insinuada una posibilidad enigmática de ocurrencia de situaciones. Aunque por medio de la focalización interna, traduce el pensamiento de Leonides, utiliza el recurso de manejar alternativas narrativas, como ocurre en la reiterada aparición de paréntesis de diversa extensión. Por medio de éstos, completa información modificando el punto de vista, hace un comentario a veces humorístico, otras objetivo, y en general cambia el tono, dando un matiz irónico y complementario a la información precedente. Lo destacable de estos rasgos reside en la sugerencia, aparentemente descalificatoria, respecto del personaje. La visión iro-

<sup>21</sup>Denevi, op. cit., pp. 30.

nizante que sugiere la presencia de Leonides en el mundo, no permite, hasta muy avanzada la novela, que el lector dimensione las proyecciones reales del personaje. Presentada en actitud grotesca, los gestos expresivos, sus obsesivos juegos con las figuras que forman las baldosas de la calle o los azulejos de la cocina, los rezos expiatorios y compulsivos movimientos, contrastan con la imagen de la Leonides, oficiante del rito ceremonial. En esa ocasión clava un estilete a Belena para guardarlo después en el dormitorio de Guirlanda y recuperar sus extrañas y grotescas vestiduras. Nada hace pensar en la novela, en el frío y calculado plan de un crimen que falla en parte, pero por fallar, da relieve al verdadero ser de Cecilia, encubierto por la locura y el misterio de su origen, hija de un hombre con poderes superiores, un rosacruz, poseedor de cierta sabiduría secreta y esotérica.

El manejo de información, por lo tanto, es muy variado y conduce a niveles comprensivos que piden la concertación entre texto y lector, activado éste, ya no sólo por el secreto de la acción, sino el desentrañamiento de la predestinación que, con toda evidencia afecta a los personajes. Leonides maneja un concepto de la Divinidad ritualizado a través de sus conjuros y con la creencia plena de ser ésta, rectora y guía del destino humano. (El narrador al final de la novela también deja abierta esa posibilidad). El destino se presenta en el nivel fraseológico, con indicios reiterados que aluden a “compleja maquinaria”, “mecanismos que engrazan”, “engranajes desmontados”, “nosotros relojeros”, “misteriosos vínculos”, “pactos secretos”, “juegos de precisión”, “azar que mueve las piezas”, “cazador que captura”, “mecánica de la magia”, “sortilegio” y por último, “escenario para representar” donde siempre un poder oculto rige, orienta y ordena.

El planteamiento de la estructura de enigma, concita la posibilidad de relacionar esta novela con el género policial, al que aparece muy próximo por la naturaleza de las acciones y el modo de ocultar información. En un estudio sobre la novela policial, Roger Caillois habla de “asistir a un juego de malabarismo en el que el ilusionista no tarda en revelar el secreto<sup>22</sup>, el funcionamiento de situaciones en un ensamble pleno de despistes y rigor”. Invitación al juego que asocia la sagacidad del lector unida a la astucia del narrador. Jolles, al final del capítulo citado, expresa que “el misterio del delito, el enigma del delito, en la época actual se ha transformado de forma corta en forma larga, en novela policial”<sup>23</sup>.

<sup>22</sup>Caillois, Roger, “La novela policial” en Uribe Echeverría, Juan, *La narración literaria. Estudios sobre la novela y el cuento*. Santiago, Universitaria, 1959, p. 228.

<sup>23</sup>Jolles, op. cit., p. 137.

No obstante, la novela hispanoamericana contemporánea, y en especial la obra de Denevi, no parecen, en casos de historias representadas como la que analizamos, conformarse con aquel malabarismo o juego de ilusionista.

*Ceremonia secreta* en particular, excede a nuestro juicio, esta posible caracterización o encasillamiento. La estructura del mundo concebida como enigma, pero actualizada en la forma novela, representa una realidad dimensionable no sólo en el nivel de la acción externa. Aquí entran en juego polaridades como las de la fantasía e irrealidad y la realidad mostrada, en parte, humorísticamente por el narrador; el sueño y la vigilia, la locura y la iluminación de la conciencia y uno de los temas más propios del narrador argentino: la identidad y su máscara, ficción que oculta y engaña para extraer la verdad del mundo. La ficción y su sentido dejan ver, a su vez, la estructura irreal de la realidad y su precario sostén. Ficticios e irreales son los juegos obsesivos de Leonides con figuras geométricas, ficticio su ensueño de felicidad y ficticias las identidades que asume, como irreal y apócrifa la figura de un Fabián que nunca existió y la carta que contiene su firma, eslabón de una coartada para sustentar y ocultar la falsa identidad de la asesina.

Aún así, surge de esta realidad otra expresión significativa que cabe destacar en la concepción suprarreal del mundo, en la medida que la novela atrae internamente la presencia de un poder oculto y magnético. No es azarosa la alusión indirecta al número tres, introducida en varios planos de la novela: tres son los lugares en que se encuentran Leonides y Cecilia, el último el cementerio, donde Leonides ha ido a visitar las tumbas de tres familiares difuntos, el padre, la madre, el hermano; tres son las jóvenes a quienes Leonides exorcisa con una oración para salvarlas del mal de la serpiente. Por oposición, tres son los quebrantadores que asaltan y violan a Cecilia y tres las mujeres que aprovechan su temporal minusvalía. Igual número de identidades tiene la protagonista, Leonides-Guirlanda-Anabelí, así como tres las cartas que inducen a investigar a Leonides la situación de Cecilia y tres los atributos de su padre, Jan Engelhard, “el mago, el santo, el sabio”. Estructuras trimembres en el discurso y la historia, confirman esta voluntad de ordenar el sentido del mundo.

El simbolismo del número tres, según Cirlot<sup>24</sup>, representa “la síntesis espiritual”, “la resultante armónica de la acción de la unidad sobre el dos” y “la evolución: nacimiento, cenit, ocaso”. Es, al fin el “número idea del cielo y de la Trinidad”. Atraemos estos antecedentes, pues

<sup>24</sup>Cirlot, op. cit., Vid. “Números”, p. 329.

forman parte del plan enigmático de la novela. Cecilia al ser compadecida por Leonides afirma para sí que “ella es hija de Jan Engelhard... Hija y discípula. Al lado de él había aprendido a sufrir y a callar, y a purificarse en el dolor como la plata en el fuego”<sup>25</sup>.

Esta cita proporciona uno de los datos más importantes y, tal vez, el esencial de la novela; el sentido de la transformación que, en varios niveles sufre el mundo y en particular Cecilia. Ligada a la idea religiosa de la purificación por el dolor y el sufrimiento, la joven cumple su destino con el rigor de un iniciado en los conocimientos esotéricos o religiosos que, como su padre, se unen a la búsqueda de la verdad trascendente. La muerte de Cecilia tiene, pensamos, ese significado y desde sus palabras, la transformación del metal en fuego se relaciona con la idea de conversión espiritual, última fase de su conciencia lúcida.

Por último, las polaridades verdad-engaño, fantasía-realidad, sueño-vigilia, vida-muerte, conciencia inferior-conciencia superior, extienden su sentido a diversos estados del mundo y los personajes, y a procesos de ocultamiento y develación de los cuales el tres, como símbolo, señala la superación y perfección de la dualidad, signo éste, de división y separación. Siempre doble, el rostro de los personajes, evidencia la máscara que los oculta, su carácter dual y enigmático que muestra y encubre al mismo tiempo, la condición propia del ser humano.

La escisión del mundo interior de los personajes, refractada en las polaridades que enunciamos, también afectan al espacio.

El lugar del ritual y la ceremonia, la casa de Cecilia, “Tiene *dos* ventanas enrejadas en la planta, tiene una puerta *doble*, con *dos* fúnebres llamadores de bronce; tiene en el piso alto un largo balcón saledizo y no tiene más, como no sea una fatídica cicatriz o como el dibujo de un rayo en una cándida acuarela”<sup>26</sup>.

Este espacio, también dividido “fatídicamente” en dos, pasa casi “inadvertido, como si la avergonzasen su fea facha y su vetustez”. “No hace falta, nadie se fija en ella”, “la casona está allí y es como si no estuviera; está allí por omisión, como si por una fisura entre dos edificios que la flanquean hubiese salido a la superficie una excrecencia”. “A la tienda de la derecha y a la tienda de la izquierda les bastaría aproximarse un poco más la una a la otra, y como una tenaza extirparían ese grano”<sup>27</sup>.

<sup>25</sup>Denevi, op. cit., p. 124.

<sup>26</sup>Denevi, op. cit., pp. 31-32. Destacado nuestro.

<sup>27</sup>Denevi, op. cit., p. 32.

La singular característica de esta imagen, nos lleva a concluir que el espacio es reflejo de la polaridad del mundo y, más aún, del quiebre interior que revive en los personajes protagónicos dicha característica. La casa parece ser excluida de su contorno, así como las vidas de Leonides y Cecilia tienen una notoria zona de exclusiones. De ahí surgen, sin embargo, las orientaciones de estos personajes: su propósito de búsqueda por trascender, cada una desde su propia condición. Ocultas tras el enigma de la máscara de la locura, el hermetismo o la fantasía, su expresión gestual ofrece una visión grotesca, trastocada al fin por la lúcida y última actitud de Cecilia y el castigo impuesto por la oficiante Leonides. La ceremonia es secreta y secreto para ambas y la venganza, rigurosamente tramada, se favorece por la coincidencia de la fiesta de carnaval que vive la ciudad. Ahí donde el disfraz y la máscara trasvierten identidades, permiten poner el velo del acto que se cierra.

El signo propio de esta realidad, por tanto, alude a la idea del mundo como estructura esencialmente oculta, expresión falaz y desarticulada, activada, sin embargo, por la secreta presencia del narrador o Dios, mixtificadores de los escenarios que montan, ejecutantes del rito perpetuo de la inagotable creación.